



LOS HUÉRFANOS

POR CH. SCHWARTZE.



Antes de que concluyera de decir estas palabras, había vuelto yo á repasar la puerta, cerrándola tras de mí. Aceleré el paso, para evitar una desgracia, y convencido de que era imposible entenderse con aquel bárbaro, me dirigí al Círculo y pregunté al conserje:

—¿Hasta qué hora estuvo aquí el señor Cazalla?

—Hasta las diez.

—¿Y el señor Pejenaute?

—Ese estuvo hasta las once y media, jugando al tresillo.

—¿Y no salió antes?

—Creo que no.

Varios dependientes me aseguraron que Pejenaute se había retirado á las once y media, y que no se había levantado en toda la noche de su partida de tresillo, más que una ó dos veces á dar una vuelta por la galería de servicios del Círculo.

Visitó varias casas particulares y tiendas de perpetua chismografía en la villa, y me convencí de que nadie sabía una sola palabra de lo ocurrido al fiscal. Yo, en cambio, dije que le había visitado porque tenía un amago de congestión, evitando de este modo los comentarios á que pudiera dar lugar el que no se dejara ver en unos cuantos días. Con toda habilidad interrogué á los serenos que hacían el servicio de la parte en que habitaba Cazalla; y sólo uno de ellos me dijo que le había visto pasar á cierta distancia, andando muy reposado, en dirección á su casa, poco antes de las once de la noche.

Ante lo inútil de mis pesquisas, sentí crecer mi desesperación y mi vergüenza. Visité al herido repetidas veces cada día; interrogué con todo cuidado á su esposa, y cada vez me vi más confuso. Un detalle especial acabó de desconcertarme. Al dirigirme á casa de Cazalla en la tarde del día siguiente del suceso, vi desde lejos salir de ella á Pejenaute y á Rosita. Me metí en un portal, haciendo como que encendía un cigarro, para que no me vieran á mí, y cuando hubieron desaparecido subí á visitar al enfermo.

Irene me dijo que acababan de estar á preguntar por su esposo Pejenaute y su esposa, interesándose mucho por él, y que la habían hecho los más finos y repetidos ofrecimientos de ir á cuidarle, si era preciso. Añadieron que estaban dispuestos á retrasar su viaje á los baños de San Sebastián, si así lo deseaba Irene, y que si no, al día siguiente saldrían en el expreso.

—¡Pues, señor—dije para mí—Pejenaute no tiene nada que ver en el atentado! Però..... ¿y su pronóstico? ¿Quién ha herido á Cazalla? ¿Por qué? ¿Dónde?

Definitivamente, yo estaba en camino de perder la razón, ante caso tan inaudito y excepcional.

A los diez días levanté el apósito de la herida, que marchaba en vías de franca cicatrización, gracias á la gran naturaleza de Cazalla; y creyendo ya llegada la hora de hablar con él de la inexplicable ocurrencia, rogué á Irene que nos dejara solos, y mientras fumábamos un par de vegueros, sostuvimos largo y amistoso diálogo.

—Salí del Círculo á eso de las diez y media—dijo Cazalla;—y como la noche, aunque oscura, estaba fresca y serena, decidí dar un paseo por las afueras. Marché, pues, por la puerta de San Facundo, para entrar por el puente de San Miguel. Fumando iba por la carretera, cuando me detuve á ver un tren que pasaba. No se había ocultado aún el último coche en la trinchera de la Mota, cuando sentí un golpe ho-

rrible en la cabeza, causado por un cuerpo muy duro, cuyo esfuerzo me hizo caer al suelo. Me incorporé y no vi á nadie, ni cerca de mí, ni á ninguna distancia. Conociendo que la lesión era grave, por el trastorno y sufrimiento que me sobrevinieron, me vendé con el pañuelo del bolsillo, enjugándome la sangre que corría por mi rostro; tomé el camino de mi casa, por los callejones más extraviados; llegué á ella, caí desvanecido, y..... usted sabe perfectamente todo lo que ocurrió después.

Evidentemente, el fiscal me engañaba, y tenía verdadero interés en ocultar lo sucedido. Nuevo desencanto para mí. Guardé silencio después de esta relación, y el fiscal añadió:

—¿Halla usted algo extraño en lo que le he dicho?

—No por cierto, pero..... ¿si yo le dijera á usted que nada de eso es verdad, y que ocho días antes de que fuera usted herido, casi, casi me describieron lo que le iba á suceder, qué opinaría usted?

—Que eso es un sueño, porque no hay nadie, absolutamente nadie en Medina, que tenga motivo para suponer que á mí pueda ocurrirme cosa semejante.

—¿Y por qué tiene usted tanto empeño en que nadie se entere de que está usted herido?

—Pues muy sencillo: yo no quiero que se sepa que un fiscal ha sido objeto de un atentado, en un pueblo donde ha cumplido dignamente con su deber, sin hacer daño á nadie.

—¿De modo que usted no sabe quién es el criminal?

—No, señor.

—Pues yo sí: es decir, si no el criminal, el instigador del crimen.

El fiscal se quedó sorprendido al oír mi afirmación, y después, sonriendo y dándome un apretón de manos, exclamó:

—¡Hombre, lo celebro mucho! ¿Quién es?

—Permitame usted que calle su nombre hasta que me asegure de ello por completo. La acusación sería demasiado grave, y no debo hacerla aún.

—Como usted guste; pero ha excitado usted de tal modo mi curiosidad, que no puedo menos de rogarle que me indique, en secreto, la sospecha que usted abriga.

—Pues oiga usted—añadí.

Y, sin perder una sola letra le referí cuanto me había ocurrido con el famoso Pejenaute.

Durante mi relato, Cazalla continuó fumando con sosiego, no se inmutó lo más mínimo, se sonrió á menudo y cuando terminé me dijo:

—Ante todo, una declaración de hombre de honor: Pejenaute no ha tenido nada que ver en este asunto. No ha habido ni hay motivo alguno para que esté indispuerto conmigo. Ha venido á verme, con su señora, después del suceso, ó Irene le habrá referido á usted lo amistosísimos y finos que han estado con ella.

—Pero entonces, señor fiscal, ¿cómo explica usted el maravilloso pronóstico que me hizo de su herida de usted?

—Eso es pura casualidad. Él es hombre bromista, y quiso dar á usted jaqueca. Después desgraciadamente fui herido, y usted ha dado importancia á lo que no la tiene. Porque, vamos á ver, querido doctor, ¿por qué asunto, ni á qué santo, me iba á pegar á mí Pejenaute, cuando le consta á usted que el día del suceso y al día siguiente hemos mantenido nuestra cordial amistad? Usted y él reñían y se acaloraban de



vez en cuando, ¿pero yo? Yo jamás he tenido con él más que armonía.

—Es verdad; pero..... insisto: ¿y el pronóstico? Eso no me lo quita nadie de la cabeza.

—Déjese usted de pronósticos, doctor; las bromas de su compañero son así, y hay que reirse de ellas. Yo ya parece que estoy bien, gracias á sus cuidados de usted, y le propongo que celebremos la feliz solución de este percance pasando un día en el pinar, con nuestras respectivas familias.

—Se me va á indigestar el banquete si no me dice usted la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de la causa de su herida.

—¡Dale! ¡Yo no sé más que lo que le he contado; palabra de honor!

Y ni entonces, ni en el pinar, ni en nuestros paseos pude sacar de él ni una sola palabra más. Lo que sí supimos Rita y yo, con harto sentimiento, fué que el Ministro de Gracia y Justicia había acordado trasladarle á un juzgado de Andalucía, al cual se marchó muy contento.

Con él se iba la última esperanza de que yo pudiera algún día darme cuenta racional del inolvidable caso de Pejenaute.

#### IV.

A fines de Septiembre de aquel año acudí á la bulliciosa y alegre feria de Valladolid, á ver un par de corridas de toros y á poner un montón de duros á una carta. Soy todo un español viejo, y médico de pueblo por añadidura, en estos incomparables gustos. Paseando iba por la animada Acera de San Francisco, en compañía de algunos amigos antiguos, cuando acertaron á pasar Pejenaute y Rosita, tan elegantes y tan acaramelados como de costumbre. Yo quise hacer como que no los veía; pero, con extraordinaria sorpresa para mí, el ultramarino soltó el brazo que su mujer le llevaba cogido, se abalanzó y me dió un apretado abrazo de cinco minutos de duración, mientras su mujer me saludaba afectuosísima también, con el mayor cariño.

—¡Compañero del alma! ¡Médico mío! ¡Honra y prez de Medina y de toda la tierra del vino blanco! ¡Qué guapo te conservas! ¡Cuánto y cuánto deseábamos verte! ¡No te hemos olvidado un solo día! ¿Y Rita, Ritita? ¿Cómo está? ¿Y las niñas? ¡Oh, compañero inolvidable!

Mientras Pejenaute me abrazaba y decía todo esto, yo no las tenía todas conmigo, creyendo firmemente que estaba entre las garras de un loco. Salimos á la parte exterior de la Acera, para no interrumpir el paso, y allí, con singular asombro mío, observé que mi compañero gozaba de perfecta salud mental y física; que, efectivamente, sus demostraciones de amistad y de satisfacción al verme eran como lo fueron en otros tiempos, y que Rosita me trataba con su acostumbrado afecto. Convinimos en ir juntos á las toros, en comer juntos y en acompañar á Rosita al gran baile que en aquella noche se daba en los salones de Calderón. Durante la tarde me hablaban sin cesar de los baños, de la frontera, de Biarritz, de Olorón y de los Pirineos, ponderándome la envidiable vida que habían traído. Hablamos también de Medina, y antes que de nadie del fiscal.

—Le han trasladado á A.....,—les dije.

—¡Oh, qué lástima! ¡Qué pérdida para la villa! ¡Vaya un amigo y un hombre tan de bien! ¡Cuánto le queríamos! ¿No es verdad, Rosita?

—¡Muchísimo! Va á ser un gran vacío para nosotros al no tenerle en Medina.

—Pues, señor—pensé yo para mí—Pejenaute, en efecto, no tuvo nada que ver con la desgracia de Cazalla. ¡Mayor y más tremendo misterio aún!

Por la noche, en el baile, Rosita se unió á un grupo de señoras que no bailaban; y Pejenaute y yo entramos en un saloncito inmediato, á saborear unos vegueros y un par de sorbos de *fine* Champagne. Cuando estuvimos solos, el médico ultramarino me dijo en voz baja:

—¿Quién estaba loco, tú ó yo? ¿Era la herida de Cazalla ilusión ó verdad? ¿Te has convencido ya?

No supe qué contestar. Me encogí de hombros, temiendo un nuevo ataque de locura de mi amigo, y apuré mi copa.

—¡Habla, hombre, habla! ¡No te avergüences!—continuó diciéndome, mientras sonreía con aire de triunfo.—¿Qué creías tú? ¿Que sabías todos los casos de la patología vulgar? Pues ahora has aprendido uno nuevo: el de diagnosticar y pronosticar una dolencia, antes de que exista. ¡Qué delicioso es esto! Creo que te doy la prueba más grande de amistad que pudiera darte, hablándote de tal cuestión, que, de seguro, te habrá preocupado más que ninguna otra. ¿No es verdad?

—En efecto así es—contesté;—y ya que espontáneamente te brindas á hablarme de ella, conste que te escucharé sin interrumpirte.

—Es decir, que esta conferencia será como la segunda parte de la que se celebró en tu casa la noche en que reñimos.

—¡Cabal!

—Confío en que hoy no reñiremos, ¿eh?

—Siempre que tu explicación sea racional y admisible, no reñiremos.

—Como lo fué la de aquella noche; ¿ú opinas aún que yo estaba loco?

—Allá lo veremos, compañero.

—Atiende, pues. Lo que ocurrió fué lo más sencillo y natural del mundo. Yo, que he corrido y he visto mucho, he aprendido á ser previsor y á desconfiar hasta de mi sombra. Aunque parecía que no, yo os he observado al fiscal y á ti, desde que nos hicimos amigos, respecto á un punto en que los amigos deben observarse bien. Me refiero á las tentaciones que se prohíben en el noveno mandamiento; al deseo de la mujer del prójimo. Yo soy un prójimo que, por gusto mío, tengo una mujer que bien puede ser deseada por cualquier pecador que tenga buen gusto. Lo conozco y lo confieso. Lo conocí cuando me casé, y aun á riesgo de sufrir todos los riesgos que tan seductora compañía pudiera proporcionarme, me decidí, viejo y todo, á adoptar por compañera á Rosita, dispuesto á estar siempre vigilante y hasta á dormir como las grullas, con un ojo abierto, en defensa de mi honor y de la personita de mi costilla. Ya sé que las mujeres son capaces de burlarse de un marido aun detrás á la sombra de un bastón, y que el demonio las sugiere á menudo más habilidades que las de un nigromántico, y más valor que el que se necesita para tomar un reducto; pero yo, aceptando la insula con los azotes á un tiempo, me santigué,



me eché al agua, y una vez casado no me descuidé un solo momento.

Para cortar por la sano, en vez de ir á vivir con mis amigos de la corte, me decidí á retirarme á Medina, donde las ocasiones de peligro debían ser menos, y, por consiguiente, menos difícil también mi cargo de guardián severo y de marido celoso. Vivimos en paz y en santa calma mucho tiempo. Tú eres viejo y hombre de bien, aunque no lo crean todos; estás curado de espanto en materia de bellezas y de enamoramientos, y por eso no me eras sospechoso por ningún concepto. Tampoco lo fué Cazalla durante más de año y medio en que frecuentó nuestras íntimas relaciones, aunque siempre le

consideré como un *adláter* terrible. Cumplido, afable, cortés, digno en todos sus actos, y amante de su familia, se portó siempre bien con nosotros. Pero era joven, buen mozo; lleno de atracción en sus maneras, decididor y hasta elegante; y más de cuatro veces pensé en lo mal librado que saldría yo del paralelo que podría establecer mi Rosita, entre mi persona y la del apuesto fiscal. A principios de esta primavera, allá en Abril, noté yo que mi mujer fijaba sus miradas, con irresistible insistencia, en los ojos de Cazalla, cuando éste, en el discurso de nuestras con-

versaciones, y como si no hiciera nada, la miraba. En mi mujer había un principio de inclinación hacia aquel hombre; en el fiscal había de seguro todo un plan de ataque meditado. Yo tuve en parte la culpa de que Rosa se inclinara un tanto en ese sentido, por que sin cesar ponderaba en mi casa las envidiables cualidades de ingenio y gracia que poseía el fiscal, y la refería mil de sus chistosas ocurrencias y de sus oportunas frases. Sin querer fuí haciendo en su corazón un altarcito de admiración hacia aquel amigo, pecado bastante común en que incurren los maridos tontos, cuando por ponderar demasiado á algún amigo, despiertan en la mente de sus mujeres tendencias y deseos que de otro modo no hubieran brotado nunca. Pronto caí en la cuenta del mal

que yo mismo me hacía; y cambié de conducta, no volviendo á hablar de Cazalla más que por casualidad.

Para que mi mujer comprendiera que yo no era ciego, la hablé, así como de pasada y en broma, de las miradas del fiscal, á cuya indicación me contestó demostrando su absoluta indiferencia hacia aquel hombre; táctica instintiva en las mujeres, para desorientarnos por completo. A mí no me desorientó, sin embargo. Como el amor es un atolondramiento que pervierte la facultad de discurrir, Cazalla, conforme se fué atolondrando, se atrevió á realizar ciertas audacias, persuadido de que yo no las veía: como el visitar á menudo á Rosa, mientras yo andaba por la huerta; el mirarla con tanto

apasionamiento como desenfado, y el llevarla algunos ramilletes de flores, formados por casualidad, según decía. En la contienda que la comparación entabló en el ánimo de mi mujer, triunfó, como era natural, la ventaja estética y espiritual de Cazalla: yo conocí que estaba enamorada. Se lo dije indirectamente, y ella se revolvió contra mí como un tigre, porque «la faltaba gravemente sólo con suponerlo». Esta irritabilidad extremada me demostró que había yo puesto el dedo en la llaga. Desde entonces procuró ella hacerme perder la pista de su oculto trapicheo. El fiscal no la visitó más; la miró

muy poco, y ni aun en nuestros paseos diarios se aproximaba á ella como antes. Sin embargo, lo que ambos no pudieron ocultar fué su estado de ánimo: mi mujer me empezó á tratar con absoluta indiferencia, á contestarme con monosílabos, y á parecer aburrida y disgustada; Cazalla perdió su verbosidad, y se mostró siempre preocupado y taciturno. Por lo demás, nada pude observar.

Me chocó mucho, no obstante, el que por las noches, cuando yo estaba en el Círculo, más engolfado que nunca con mis compañeros de tapete verde, el fiscal salía, contra su costumbre, y no volvía más. Determiné seguirle. Salí de la sociedad dos minutos después que él, pretextando una ocupación del momento, y, pegado á la sombra de las casas





fui tras él. Salió por la puerta de N....., avanzó por la orilla de las huertas, y yo, acurrucándome en un ribazo, le vi avanzar hasta la pared de la huerta de mi casa. Cuando dobló la esquina de ella, le seguí á muy pocos pasos. Marchó hasta el extremo que da á la trasera de mi casa, y encaramándose en unas piedras que hay allí como restos de una casa derruida, se puso á mirar á la galería. Yo, andando á gatas, me llegué á situar detrás de las piedras, y esperé. Tosió el fiscal dos ó tres veces, y al fin se abrió una ventana de la galería. Rosa apareció. Cazalla la instó á que bajara á la huerta, pero ella no accedió. Cazalla la llamó ingrata y otras lindezas, pero Rosa no quiso salir de sus habitaciones. Después de algunos tiernísimos ruegos de parte del doncel, la dama convino en que bajaría en una noche en que no hubiera tanta claridad. El negocio se iba poniendo muy obscuro. Cazalla la aseguró que cuatro días más tarde no habría luna, y que entonces podrían verse. Convinieron en ello y se retiraron. Yo dejé marchar á mi *leal* amigo, satisfecho por saber á qué atenerme y dispuesto á hacer un escarmiento. Volví al Círculo como si tal cosa no hubiera pasado; nada dije en casa á Rosa, me manifesté muy amable con ella, y una vez á solas, discutí el plan de batalla. Determiné asistir á la entrevista de los dos amantes, y antes de que se hablasen abrirles la cabeza á garrotazos. Determiné también evitar el escándalo, hallándome dispuesto á matar al fiscal si no me prometía guardar absoluto silencio acerca de todo. Y para dulcificar, en parte, el profundo amargor que aquella infidelidad me producía, determiné, asimismo, darte la gran broma y desorientarte por completo respecto á lo que sucediera.

Todo me salió á maravilla; te anuncié el suceso, como si lo viera, porque lo pensé muy detenidamente; me reí en grande de tus aspavientos y de tus enfados, y, para confundirte más y por más largo tiempo, provoqué la tremenda disputa que tuvimos en tu casa.

La noche del suceso Cazalla salió del Círculo como siempre, por la puerta principal; yo le seguí tomando la galería de servicio y puerta accesoria; llegué á mi casa mucho antes que él, abrí la puerta de la huerta sin producir el menor ruido, cuya operación había estudiado de antemano, y me situé escondido, á la bajada de la escalera, tomando en mi diestra el robusto garrote, que con especial complacencia escogí y guardé tres días antes. Muy cerca de las once apareció Cazalla montado en la tapia, y saltó al interior, lanzando las toses convenidas, en cuyo momento yo me arremangué la levita sobre el puño derecho. Pocos segundos después oí los pasos de Rosa en la escalera. Cazalla avanzó, á la dudosa luz que había, y extendió la mano para cogerla de mi mujer, que ya pisaba el último escalón. En vez de la suya encontró la izquierda mía: le agarré con fuerza, y después de escupirle en la cara, mientras trataba de huir, le asesté, bien calculado, un palo tremendo, en el lugar que te indiqué. Sin perder un momento volví el palo, y sacudí otro á mi Rosita, con la misma fuerza, al tiempo en que caía en las escaleras desvanecida por el susto. Cazalla había rodado por el suelo; me avalancé sobre él, le puse un revólver al pecho y le dije:

—¡En cuanto en la villa se sepa lo más mínimo de esto, le busco á usted y lo mato, donde quiera que le encuentre. ¡Vaya usted con Dios, miserable!

—¡Declaro que soy un infame y un mal amigo: el honor de Rosita no se amenguará jamás porque yo diga una palabra. Lo juro!—me contestó, incorporándose y sollozando por el dolor.

Le acompañé, dándole empujones, hasta la salida de la huerta. Rosa había huído á ocultarse en sus habitaciones. Sin subir á mi casa, volví al Círculo, con toda cautela, procurando que nadie me viera entrar, como nadie me había visto salir. Mi ausencia no había durado diez minutos, y era bien natural para mis compañeros de partida, que me habían visto ir hacia la galería de servicio. Una hora después regresé á mi casa. La herida de mi mujer fué insignificante, porque como cayó al suelo al mismo tiempo que la dirigí el golpe, apenas la alcancé. La impresión moral que le produjo mi sorpresa fué horrible: cuando me vió en casa, se abrazó á mis rodillas, se deshizo en lágrimas y rogó que la matara. No quise tomarme tal trabajo, para no dar que hablar al mundo y que comer á la justicia; y, muy serio, anuncié á mi mujer que la desheredaba, y que la dote de medio millón que la otorgué al casarnos, pasaría á la herencia de mis sobrinos. Al día siguiente la obligué á pasear como siempre, haciendo que se cubriera la contusión de la frente con la mantilla; y como supimos que decían en el pueblo que Cazalla estaba enfermo de congestión, fuimos á su casa, antes que á ninguna otra parte. Nadie supo ni ha sabido jamás nada de lo ocurrido. Mi honor quedó limpio, El fiscal cumplió su palabra, y por cumplirla te engañó á ti, á su mujer y á todo el mundo. Pocos días después del suceso salimos para el Norte, no sin haber obtenido antes de mis amigos de Madrid la traslación del fiscal á un punto lejano, por si acaso, con el tiempo, retoñaba la afición, que todo es posible en este pícaro mundo.

Sin pestañear siquiera, escuché la relación del famosísimo Pejenaute, admirándome de lo que oía, porque jamás pude sospechar nada de las relaciones entre su mujer y Cazalla. Faltándome este dato, era para mí irresoluble el problema del caso de Pejenaute. Es verdad que en los más difíciles problemas humanos solemos dejar siempre á un lado la solución natural, y nos afanamos en buscar otras tan estupendas y difíciles como los problemas mismos.

—Nadie más que tú y Rosa—añadió el médico—sabéis en el mundo este secreto doméstico. Te lo revelo para calmar la ansiedad en que has vivido y para demostrarte que estimo tu amistad como siempre, seguro de que sabrás callarlo.

—Y Rosa ¿sigue desheredada?—le pregunté.

—¡No te burles de mí, compañero! en cuanto hicimos las paces, que fué antes de salir para San Sebastián, no volví á acordarme del desheredamiento.

Han pasado bastantes años. Pejenaute yace al pie de la Mota, en el cementerio de Medina. Rosita con los cuartos del viejo compró un caldero nuevo, y se volvió á Cuba. Si alguna vez lee esta verídica relación, lo celebrará, y no se incomodará seguramente, porque aquí no constan ni su verdadero nombre, ni el de su esposo, ni el del fiscal, ni el del pueblo en que tuvo lugar el hecho. Sólo hay aquí un nombre exacto: el de su antiguo amigo

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





## VARIAS POESÍAS

### UNA MUSA

En los celestes ojos soñadores  
La abrasadora luz del Mediodía;  
La voz es un raudal de melodía;  
La frente una mañana de esplendores.

Dibuja de su cuerpo los primores  
Rica veste de plata y pedrería;  
Guarda su labio mieles y ambrosía,  
Y arde su tierno corazón de amores.

Canta, y en el azul vuelan triunfantes,  
Despidiendo magníficas centellas,  
Sus doradas estrofas palpitantes.

Lágrimas vierten sus pupilas bellas;  
Y en copa de zafiros y diamantes  
Bebe el fuego inmortal de las estrellas.

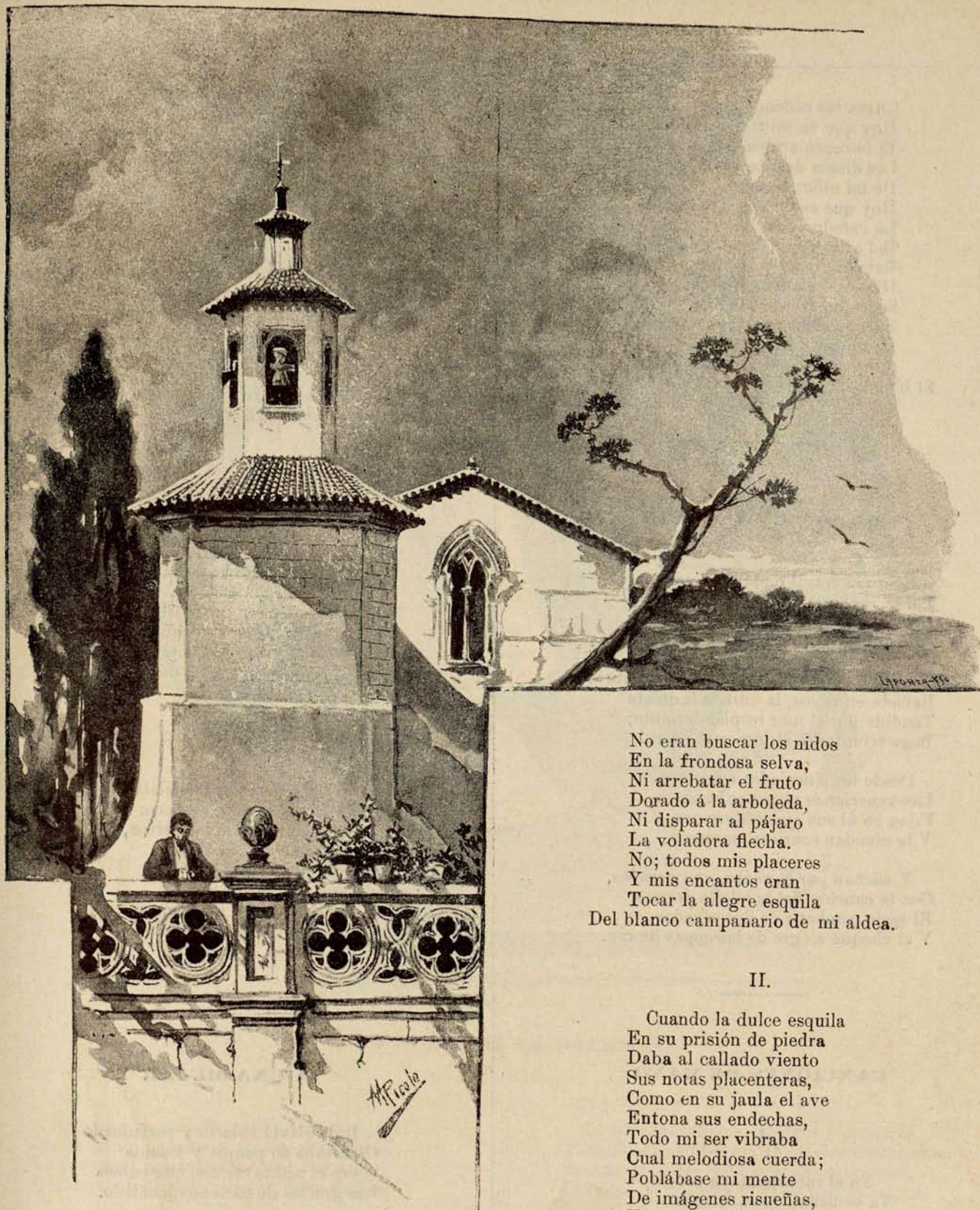
### LA ESTATUA

En medio del jardín yérguese altiva  
En riquísimo mármol cincelada,  
La figura de un dios de ojos serenos,  
Cabeza varonil y formas clásicas.  
En el invierno la punzante nieve  
Y el viento azotan la soberbia estatua;  
Pero ésta, en su actitud noble y severa,  
Sigue en el pedestal, augusta, impávida.  
En primavera el áureo sol le ofrece  
Un manto de brocado; las arpadas  
Aves con sus endechas la saludan;

Los árboles le tejen con sus ramas  
Verde dosel; el cristalino estanque  
La refleja en sus ondas azuladas,  
Y los astros colocan en su frente  
Una diadema de bruñida plata.  
Mas la estatua impasible está en su puesto  
Sin cambiar la actitud ni la mirada.  
¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,  
Siempre blanco de envidias ó alabanzas,  
Impávido, sereno y arrogante,  
Sobre las muchedumbres se levanta!







## EL CAMPANARIO DE MI ALDEA

### I.

En las felices horas  
De la niñez serena,  
Cuando se encuentra el alma  
En nube azul envuelta,  
Y sobre nuestra frente  
La aurora centellea,  
Recuerdo que mis glorias,  
Mis dichas más supremas,

No eran buscar los nidos  
En la frondosa selva,  
Ni arrebatar el fruto  
Dorado á la arboleda,  
Ni disparar al pájaro  
La voladora flecha.  
No; todos mis placeres  
Y mis encantos eran  
Tocar la alegre esquila  
Del blanco campanario de mi aldea.

### II.

Quando la dulce esquila  
En su prisión de piedra  
Daba al callado viento  
Sus notas placenteras,  
Como en su jaula el ave  
Entona sus endechas,  
Todo mi ser vibraba  
Cual melodiosa cuerda;  
Poblábase mi mente  
De imágenes risueñas,  
Y el alma, de entusiasmo  
Y de delicias llena,  
Hermosa fulguraba  
Como radiante estrella.  
La voz de aquella esquila  
Fué mi primer pöema,  
Y el arpa de mi infancia  
El blanco campanario de mi aldea.

### III.

Hoy que del alma mía  
La hermosa fe se aleja,  
Cual huyen de la rota



Cítara las cadencias;  
 Hoy que en mi triste pecho  
 El huracán arrecia  
 Los dioses derribando  
 De mi niñez serena;  
 Hoy que es mi augusto templo  
 La catedral excelsa  
 Del arte, y que es mi vida  
 Batalla gigantea;  
 Hoy que las tempestades  
 Sobre mi frente truenan,  
 En mis amargas horas  
 De dudas y tri-tezas  
 ¡Con cuánto amor recuerdo  
 El blanco campanario de mi aldea!

---

### BYRON EN VENECIA

Sobre la frágil onda iluminada  
 Por el radiante sol, surca ligera  
 Del bardo inglés la góndola dorada  
 Desplegando á los aires su bandera.

De pie en la popa; la apolina frente  
 Bañada en rayos, la mirada inquieta  
 Tendida por el mar resplandeciente,  
 Boga triunfante el inmortal pöeta.

Desde los cincelados, miradores  
 Las venecianas vírgenes hermosas  
 Fijan en él sus ojos seductores  
 Y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,  
 Con la canción del bandolín sonoro,  
 El recio combatir de dos espadas  
 Y el choque alegre de las copas de oro.

---

### CANCIONES DE MAYO

#### I.

Ya el mes de Mayo sonríe;  
 Ya se llenan de canciones  
 Las lirás de los poetas,  
 Los espacios y los bosques.

Ya el mes de Mayo sonríe;  
 ¡Ya en las fosas de los pobres,  
 Tan tristes y abandonadas,  
 Se ven coronas de flores!

#### II.

Este es el mejor idilio:  
 Lago brillante y sereno;  
 Cielo azul, astros de oro,  
 Notas, perfumes y céfiros;

El amor cruzando el lago  
 En un esquife ligero;  
 Endechas de ruiseñores  
 Y rumor de dulces besos.

#### III.

De notas y alas vibrantes  
 Poblada está la arboleda:  
 Es que entre las verdes hojas  
 Un ruiseñor canta y vuela.  
 También en mi corazón  
 Alas y notas resuenan:  
 Es que dentro de mi pecho  
 Un ruiseñor aletea.

#### IV.

Ha vuelto la golondrina  
 Con el lacito encarnado  
 Que le puso mi adorada  
 Una mañana de Mayo.  
 Al volver la golondrina  
 Con el lacito encarnado,  
 Me halla vestido de negro  
 Y por mi amada llorando.

#### V.

Es noche de azul y plata,  
 Noche de amor y verbena.  
 En el cielo arden los astros,  
 Y los besos en la tierra.  
 Entre el alegre bullicio  
 Camina solo el poeta;  
 ¡Solo con sus pensamientos  
 Y sus profundas tristezas!

---

### A UNA MUJER

Rojo clavel abierto y perfumado  
 Ostentaba su pompa y lozanía  
 Sobre el nitido encaje, que cubría  
 Las gracias de tu seno cincelado.

Aquella flor de pétalo encarnado  
 —Viva llama que aromas esparcía—  
 Deshojéla, gozoso, en la onda fría  
 Del champaña de espuma coronado.

Ciego de amor, la copa reluciente  
 Del áureo vino, que al placer provoca,  
 Apuré con afáu y ansia vehemente.

Mas calmada ro vi mi fiebre loca,  
 Hasta que deshojó mi labio ardiente  
 El clavel encendido de tu boca.

---





### LA DIOSA DE LA BACANAL

La noche es azulada, espléndida, radiante.  
En un jardín bañado de aromas y fulgores,  
La juventud romántica celebra delirante  
Deslumbradora orgía bajo un dosel de flores.

Es una seductora y alegre cortesana  
La diosa de la fiesta, la reina de la orgía:  
Los brazos de alabastro; la faz de nieve y grana;  
La noche en los cabellos, y en la mirada el día.

Va envuelta en vaporoso y nítido oleaje  
De gasas, de brocados, de terciopelo y blondas;  
Y muestra el seno mórbido más blanco que el plumaje  
Del cisne que resbala por las lucientes ondas.

La bacanal inflama cerebros y pasiones  
Y estalla el entusiasmo en férvidas corrientes:  
Suenan perladas risas, eróticas carceiones,  
Crujidos de cristales y de ósculos ardientes.

Y al cadencioso ritmo de un cántico sonoro  
Que entonan dulces arpas y alegres bandolines,  
La juventud escancia en grandes copas de oro  
Licores perfumados con rosas y jazmines.

De pronto se interrumpe la bacanal dorada:  
En medio de la fiesta siniestro ha aparecido  
Un fuerte y rudo obrero, de lúgubre mirada,  
Y á la arrogante diosa veloz se ha dirigido.

«¡Perdón, esposo!» exclama la cortesana hermosa;  
Mas el obrero rudo la mira despiadado,  
Y en su desnudo seno, de nácar y de rosa,  
Clava un puñal y grita: «¡Mi honor está vengado!»

MANUEL REINA.





## EL CIELO EN 1892



IGUIENDO la costumbre establecida desde hace tiempo, de dar en el *Almanaque* una reseña anticipada de los fenómenos celestes que han de tener cumplimiento dentro del año, voy á dar noticia de los que se refieren al de 1892, presentándolos por el orden habitual.

**SOL.**—El aficionado que haya seguido las fluctuaciones de la energía solar durante los últimos meses habrá visto confirmado lo expuesto en el *Almanaque* del pasado año, pues hasta la fecha en que escribo (14 Junio) son ya numerosas, y principalmente en el hemisferio boreal, las manchas que han aparecido,

scribo (14 Junio) son ya numerosas, y principalmente en el hemisferio boreal, las manchas que han aparecido,

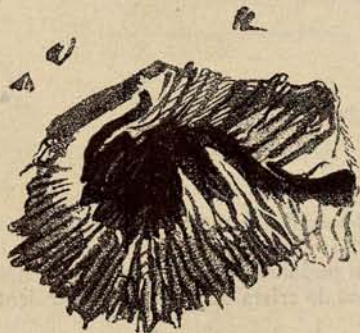


Figura 1.ª

sobresaliendo entre ellas, por la extraña forma de su núcleo, la mayor del magnífico grupo que ha atravesado el hemisferio norte durante la segunda quincena de Mayo. Su aspecto el 19, á mediodía, era el representado en la figura 1.ª, según dibujo que á la sazón tomé, observandó con mi antejo de 135 milímetros de abertura y aumento de 220 diámetros, y sus coordenadas heliográficas, determinadas por el procedimiento que he descrito en *L'Astronomie de Flammarion* correspondiente á Junio de 1891, eran: latitud norte =  $16^{\circ} 30'$ , longitud =  $107^{\circ}$ . Su mayor diámetro media 28.700 kilómetros, ó sea más de doble del de la Tierra.

**MERCURIO.**—Brillará durante la aurora á mediados de Enero, de Mayo, de Septiembre, y á fines de Diciembre, y durante el crepúsculo á fines de Marzo, de Julio, y mediados de Noviembre. La época más conveniente para observarle será á fines de Julio, pues pasará por el meridiano  $1^{\text{h}} 52^{\text{m}}$  después que el Sol.

**VENUS.**—Este planeta será estrella de la tarde durante la primera mitad del año, y de la mañana en la segunda, presentándose en circunstancias muy favorables para la observación en nuestras latitudes en las épocas de su mayor brillo, que serán el 1.º de Junio y el 15 de Agosto, en cuyos días distará de la Tierra respectivamente 17 y  $14 \frac{1}{2}$  millones de leguas.

**MARTE.**—El planeta Marte será este año objeto de preferente atención para los astrónomos, por la circunstancia de su gran proximidad á la Tierra, de la cual distará tan sólo 13.973.000 leguas el 4 de Agosto, en cuyo día pasará por el meridiano de Madrid á  $12^{\text{h}} 10^{\text{m}} 18^{\text{s}}$ , á una altura de  $25^{\circ} 59' 35''$ . Su diámetro aparente medirá á la sazón  $29 \frac{1}{2}''$ .

Se hallará en cuadratura con el Sol á fines de Marzo, en cuya época, ó más bien un poco más tarde, empezará á poder observarse fácilmente en la constelación de Sagitario, desde donde caminará hacia Oriente hasta primeros de Julio, encontrándose entonces á corta distancia de la estrella  $\epsilon$  de Capricornio. Á partir de esta posición, retrogradará hasta primeros de Septiembre, aproximándose á  $\psi$  de la expresada constelación, y desde allí volverá á emprender su camino directo, pasando el 24 de Octubre sensiblemente sobre la estrella de segunda magnitud  $\delta$  del aludido asterismo.

La observación de Marte va á ofrecer excepcional interés, por las luces que se espera ha de arrojar en la solución de los grandes problemas planteados en estos últimos años acerca del desdoblamiento real ó ilusorio de los enigmáticos canales. Y no huelga, por cierto, con tal motivo hacer aquí presente la posibilidad de que el fenómeno fisiológico que he dado á conocer en otras publicaciones (1), relativo á una

(1) Véanse los *Comptes Rendus de l'Académie des Sciences de Paris* de 4 Febrero y 8 Julio 1889.



mperceptible diplopia monocular que se observa en determinados sentidos en casi todos los ojos, dé satisfactoria explicación del desdoblamiento descubierto por el eminente Schiaparelli. Al menos me autoriza para sospecharlo así el hecho de que con las gigantescas ecuatoriales de Niza y del Monte Hamilton no ha sido posible descubrir la duplicidad percibida por el sabio Director del Observatorio de Milán, cuyo antejo, aunque muy perfecto, es de una potencia algo menor.

Á causa de la grande declinación austral del planeta, nuestros hermanos de la América del Sur se hallarán en condiciones más ventajosas que nosotros para la observación.

**JÚPITER.**—De Agosto á Diciembre, transcurso de su mayor visibilidad, el coloso de los orbes planetarios brillará junto á las estrellas  $\alpha$  y  $\zeta$  de la constelación de Piscis. Su oposición tendrá efecto el 12 de Octubre, midiendo á la sazón su diámetro aparente ecuatorial  $50 \frac{1}{2}''$ . En dicho día pasará por el Meridiano de Madrid á una altura de  $55^{\circ} 54'$ .

Los eclipses del IV satélite y los pasos de su sombra sobre el disco del planeta van á terminar por ahora con el tránsito que ocurrirá el 11 de Mayo, fenómeno que no será visible desde nuestro territorio. La sombra del I satélite correrá por encima de la gran banda austral del planeta, la del II sensiblemente por la mitad del hemisferio del mismo nombre, y la del III á dos tercios del radio, como se representa en la figura 2.<sup>a</sup>, en la cual el punto negro mayor es la

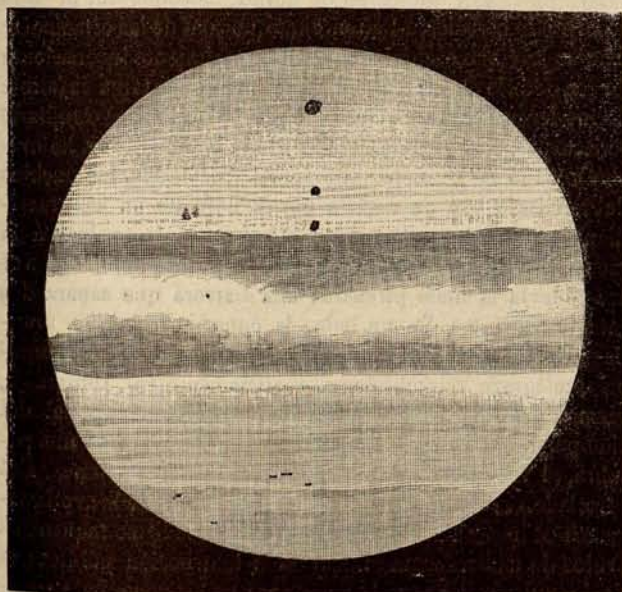


Figura 2.<sup>a</sup>

sombra del III. Adviértase que con oculares inversos, como lo son todos los celestes, el polo austral será el más elevado sobre el horizonte.

En la lista siguiente sólo indico los fenómenos que serán observables á horas bastantes cómodas.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES

Agosto	1	III	á	11 <sup>h</sup> 13 <sup>m</sup> 56 <sup>s</sup>	inmersión
»	17	I	á	11 33 15	i

Agosto	23	II	á	10 42 14	i
Septiembre	2	I	á	9 50 43	i
»	6	III	á	9 35 13	emersión
»	9	I	á	11 45 17	i
»	17	II	á	7 45 3	i
»	18	I	á	8 8 37	i
»	24	II	á	10 20 11	i
»	25	I	á	10 3 28	i
Octubre	2	I	á	11 58 26	i
»	4	I	á	6 27 15	i
»	11	I	á	8 22 22	i
»	18	I	á	12 26 56	e
»	19	III	á	9 39 2	e
»	»	II	á	9 48 25	e
»	20	I	á	6 55 41	e
Noviembre	12	I	á	7 11 0	e
»	13	II	á	6 52 14	e
»	19	I	á	9 6 39	e
»	20	II	á	9 27 58	e
»	24	III	á	5 45 22	e
»	28	I	á	5 31 18	e
Diciembre	1	III	á	8 50 58	i
»	»	»	á	9 47 25	e
»	5	I	á	7 27 6	e
»	15	II	á	6 34 23	e
»	19	I	á	11 18 49	e
»	21	I	á	5 47 50	e
»	22	II	á	7 49 22	i
»	»	»	á	9 10 52	e
»	28	I	á	7 43 42	e

PASOS DE LAS SOMBRAS

Agosto	6	II	á	10 <sup>h</sup> 24 <sup>m</sup>	entrada
				13 1	salida
»	19	III	á	11 53	sal.
»	25	I	á	10 44	ent.
				12 59	sal.
Septiembre	1	II	á	10 9	sal.
»	3	I	á	9 21	sal.
»	8	II	á	10 12	ent.
				12 47	sal.
»	10	I	á	11 15	sal.
»	26	I	á	7 18	ent.
				9 32	sal.
»	»	II	á	7 20	sal.
Octubre	1	III	á	9 32	ent.
				11 53	sal.
»	3	II	á	7 25	ent.
				9 37	sal.
»	»	I	á	9 12	ent.
				11 26	sal.
»	10	II	á	10 3	ent.
				12 35	sal.
»	12	I	á	7 49	sal.
»	19	I	á	7 30	ent.
				9 44	sal.
»	26	I	á	9 25	ent.
				11 38	sal.
»	28	II	á	7 12	sal.



Noviembre	2	I	á	11	20	ent.
»	4	I	á	5	48	ent.
				8	2	sal.
»	»	II	á	7	19	ent.
				9	50	sal.
»	6	III	á	5	42	ent.
				7	57	sal.
»	11	I	á	7	43	ent.
				9	57	sal.
»	»	II	á	9	58	ent.
				12	28	sal.
»	13	III	á	9	44	ent.
				11	58	sal.
»	18	I	á	9	38	ent.
				11	52	sal.
»	27	I	á	6	2	ent.
				8	16	sal.
Diciembre	4	I	á	7	58	ent.
				10	11	sal.
»	6	II	á	7	14	ent.
				9	43	sal.
»	11	I	á	9	53	ent.
				12	6	sal.
»	19	III	á	5	57	ent.
				8	4	sal.
»	26	III	á	10	0	ent.
				12	6	sal.

El eclipse del II satélite que ocurrirá el 22 de Diciembre, será notable, por la rarísima particularidad de ser visibles la inmersión y la emersión, si bien la primera con mucha dificultad.

**SATURNO.**—De Enero á Mayo correrá con movimiento retrógrado, y en lo restante del año con movimiento directo, sin salir de la constelación de Virgo, pasando al Norte y muy cerca de las estrellas  $\beta$  y  $\eta$ . Estará en oposición el 16 de Marzo, en cuya época medirá su diámetro aparente 19".

Como en el pasado año, la observación de Saturno ha de entrañar vivo interés, por presentarse casi de canto su anillo, lo cual tendrá efecto á mediados de Mayo, hallándose el 19 la Tierra elevada 22' tan sólo sobre el plano de aquél. Las dimensiones que á la sazón ofrecerá la elipse anular serán: diámetro mayor, 42"; 16; diámetro menor, 0"; 23. Excelente ocasión para poner á prueba la bondad de un antejo de modestas proporciones, ó sea de objetivo comprendido entre 58 y 75 milímetros, pues es posible que para distinguir aquel finísimo trazo sea preciso una abertura libre superior á dichas cifras.

**URANO Y NEPTUNO.**—El primero de estos astros brillará durante todo el año muy cerca de la estrella  $\lambda$  de la constelación de Virgo.

Neptuno se encontrará al norte y á corta distancia de  $\epsilon$  Tauro.

**ECLIPSES DE SOL Y LUNA.**—Habrán dos eclipses de Sol y dos de Luna. Los dos primeros invisibles desde la Península.

*Eclipses de Luna.*—El 11 de Mayo eclipse parcial, y las circunstancias principales para Madrid serán:

Entrada en la penumbra...	7 <sup>h</sup>	41 <sup>m</sup>
» en la sombra.....	8	56
Medio del eclipse.....	10	39
Salida de la sombra.....	12	22
» de la penumbra....	1	36

La parte eclipsada llegará á 92 centésimas del diámetro del astro.

El 4 de Noviembre eclipse total, visible como parcial en la Península.

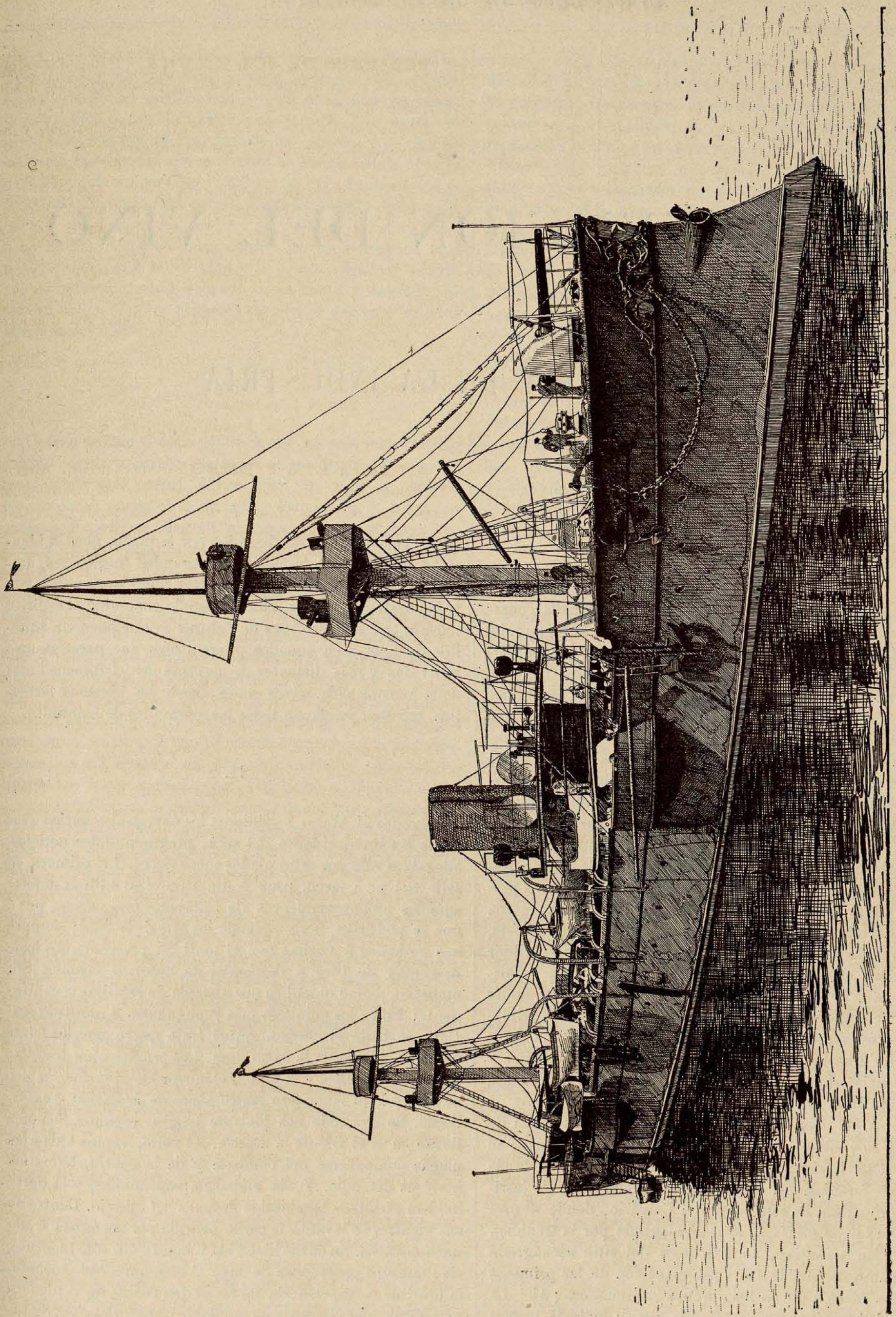
Salida de la sombra.....	5 <sup>h</sup>	6 <sup>m</sup>
» de la penumbra....	6	3

**MEDIDA DEL TIEMPO.**—Acerca de este particular nada tengo que añadir á lo que llevo expuesto en los *Almanques* de los años precedentes, en donde encontrará el lector procedimientos prácticos y sencillos para poner en hora su reloj, trabajo que ha de tomarse, ya que en casi todas las poblaciones de España los relojes públicos continúan en tranquilo desacuerdo con el Sol, á pesar de la reiterada insistencia con que se ha tratado del asunto en estas mismas columnas.

Asunto es este que no ha de influir, ciertamente, ni en la cosecha de cereales, ni en el curso normal de las estaciones; mas no hay que olvidar que el desconocimiento inconsciente de ese detalle de civilizador concierto es síntoma infalible de intelectual atraso, y merece, por lo tanto, ser estudiado seriamente. Entre aquel desacuerdo, y el acuerdo no ha mucho tomado en Francia, ordenando que todos los pueblos del territorio han de regirse por la hora de un solo meridiano, el de París, ¡cuántas diferencias se agolpan á la mente reflexiva! Imposible parece que al final del siglo XIX sea todavía la mole pirenaica una barrera que separa dos mundos distintos. De un lado, la cuna de todos los grandes inventos y de las ciencias de donde se derivan: locomotora, telégrafo, microbiología, análisis espectral, fotografía, termodinámica, ciencia eléctrica, previsión racional del tiempo, mecánica celeste, termoquímica, geología, en una palabra, el PROGRESO con sus múltiples manifestaciones. Del otro lado....., lector, ¿qué hay del otro lado? Ya lo averiguaremos al hacer historia retrospectiva, cuando se toquen los frutos de una reforma radical de la instrucción pública; es decir, cuando la segunda enseñanza se bifurque en su origen y se aligere del cúmulo inverosímil de materias que hoy abarca, y se establezca en exámenes orales ó por escrito de fin de curso y de grado de aquella enseñanza y de toda facultad rigor eficaz y permanente, con lo cual los doctores disminuirán en número y aumentarán en suficiencia.

JOSÉ J. LANDERER.





ACORAZADO CHILENO «PRESIDENTE ERRAZURIZ»



# LA INVENCION DEL VINO

EN

## LAS ARTES Y EN LA INDUSTRIA

### I.

El sitio donde se detuvo el arca de Noé se halla consagrado por la tradición universal. Una leyenda lo ha ungido, leyenda cuyos destellos brillan de antiguo sin eclipse ninguno en los comienzos y albores de la humana historia. Instintivamente admira el género humano las montañas, esas columnas del cielo, esas peanas de Dios. Ubérrimos pezones dan el jugo nutritivo á los campos, como el materno pecho lo da también á los pequeñuelos. En sus urnas de cristal están petrificadas las nieves perpetuas que guardan los ríos, como en los ríos depositada también aquella humedad que, llevando por doquier la frescura necesaria, esposa, digámoslo así, del sol, esparce y fecunda la universal vegetación. En una montaña, pues, debía descansar después del diluvio la nave ó arca donde iban los destinos preciosos de la futura humanidad. Y así como de la montaña descenden los ríos que distribuyen la humedad por el suelo, de la montaña descenden las razas encargadas de distribuir el humano espíritu sobre nuestro planeta. Extraño y rarísimo caso: en el espacio que media entre nuestro monte Ararat y el monte indio conocido bajo el nombre de Himalaya, en esa meseta central del Asia, pusieron á una semitas, arios, iranienses, caldeos, la cuna del género humano, y tal creencia está completamente confirmada por la historia. El monte Merú, donde la nave del Noé indio se detuvo, no está lejos del monte Ararat, donde se detuvo el arca de nuestro Noé bíblico. Y entre ambos montes de antiguo se dilata el territorio tenido universalmente por vivero de las humanas familias. Así como el Sinaí, donde la ley de justicia se promulgó, no está lejos del Calvario, donde se promulgó la ley de gracia, el sitio consagrado por la tradición como edén primitivo, no está lejos del sitio consagrado como punto de partida en la peregrinación de las primeras humanas razas á poblar los amplios continentes. ¡Ah! La humanidad empieza comprendiendo con su fantasía princi-

pios y hechos luego confirmados por la razón, pues la identidad fundamental de todas estas grandes tradiciones, ampliadas luego por la ciencia, muestra cómo somos unos con toda nuestra especie, y cómo ha estado contenido el espíritu nuestro con sus gérmenes de futuras evoluciones en aquellos tiempos y en aquellos progenitores que parecen más apartados y más distantes de nosotros por el inmenso mar de la humana vida, cuyos senos, desde los abismos terrestres, retratan y reflejan todas las maravillas de lo infinito.

### II.

Llegados al Ararat, expidieron los navegantes varias aves desde las interioridades del arca, preguntándoles noticias, allegables sólo por estos alados mensajeros. La primera en salir fué un cuervo. ¡Qué festín para el ave de la muerte aquellos amontonamientos de cadáveres insepultos, que á una se podrirían, corrompiendo los aires! ¡El mal; siempre nos hallamos á vueltas con el mal! Su presencia nos hace desconfiar de Dios y desconfiar de nosotros mismos. Sin embargo, ¡cómo el mal se nos aparece de relativo y contingente! Entre los animales más repugnantes á nuestros sentidos se halla el cuervo. Aquel traje negro nos le delata como un esbirro de la naturaleza. Los crueles ojos destellan de su mirar siniestro el odio y el horror hereditarios. Su pico se parece á un verdadero instrumento de asolación y exterminio. Su graznido nos hiela de trágico espanto. Sus pies llevan en sí el frío de la muerte. Al verlo, vemos todas las plagas compañeras del combate y de la guerra, todos los horrores del odio. Y, sin embargo, suprimidlos, y la tierra hubiera resultado inhabitable después del diluvio. Dentro de sus vientres se levantó la carne podrida por las aguas á una metamorfosis. Su buche hizo vida y sangre, no sólo inocente, sino también provechosa de suyo al bien universal y común, la horrible corrupción. Su fuerza es una fuerza de verdadera exterminio, pero también de saludable transformación. Su ra-



pidez tiene la rapidez del rayo, y da, como el rayo, la muerte. Pero creedlo, en cada uno de tales asesinos alados va una especie de fuego terrible con el cual se abrasan las cosas, pero también se purifican. Por consecuencia, Noé mostró el gran conocimiento que ya tenía de las especies y del ministerio por las especies desempeñado en la naturaleza, cuando expidió al cuervo para que le informase del estado á que había venido la tierra tras aquellas inundaciones y lluvias. El cuervo, en su voracidad, anduvo por todas partes alimentándose de los cadáveres insepultos, y sin traer ninguna otra noticia, sino que la corrupción y la muerte reinaban todavía con su nefasto imperio sobre la tierra triste y desolada. El cuervo indica bien los primeros momentos que suceden á los horrores del diluvio.

## III.

¡Cuánto anhelo el de la pobre mujer en este instante! La madre convierte pronto en hijos suyos hasta los objetos inanimados que rodean á sus hijos. De aquí el cuidado puesto por la mujer en el arreglo y disposición de todos los enseres domésticos. Entrad en hogar donde no haya un ama, y veréis cuán pronto á todo él trascienden el desorden y el descuido propios de los hombres en el interior de las casas. Por lo contrario, la mano de una mujer pule y abriga el hogar, como la uña ó el pico de un ave pulen y abriga los nidos. Cuál diferencia entre la motilla de lana ó la hebra de heno en el campo, á la motilla de lana y á la hebra de heno en el nido. Allí, la tosquedad ó la rudeza, aquí la blandura. Si la mujer cuida el hogar, naturalmente inspirada por su cariño con grande trabajo, imaginaos cómo cuidaría la mujer de Noé aquel hogar flotante donde iba tal número de pareados animales. Aunque la Biblia nos haya ocultado, por desgracia, el nombre de la mujer aquella, si nombre tenía, como para indicarnos cuán necesarios los domésticos cuidados aparecían en aquel momento, nos indica siempre cómo entrara Noé con su mujer y con sus hijos, y con las mujeres de sus hijos en el arca salvadora. Tal insistencia del sagrado escritor sólo quiere decir que proveía con los cuidados femeniles al sustento y al bien de tantos seres como necesitaban á una en aquel crítico momento de todos estos cuidados. Si Eva no hubiese atendido á su prole antidiluviana, ¡cómo llegaríamos al diluvio! Y si no hubiese atendido la mujer de Noé á los hombres postdiluvianos, ¡cómo llegaríamos hasta nuestro tiempo! La verdad es que aparecen las mujeres, desde las edades prehistóricas, realizando y cumpliendo aquel destino de paz y armonía, para cuyo cumplimiento fueron por el Creador puestas sobre la cima de su creación.

## IV.

Si la mano de Noé debió expedir el cuervo, la mano de su mujer debió expedir la paloma. Inocente y hermoso este animal, no puede apartarse de nuestro lado, y vive con el hombre, á quien ama y arrulla. Sus ojos, de una viveza penetrante, traducen todos los afectos contenidos en la dulzura de sus piadosos instintos. La seda lustrosísima de su

plumaje brilla con suave resplandor en los aires y en los destellos del día. El rumor de sus alas, como el arrullo de su garganta, tienen algo de melódicos. Diríase que representan estos animalillos, en las especies inferiores, lo que representa la mujer en nuestra superior especie. Desde los tiempos más remotos, la paloma simboliza en los bajos relieves y en los cuadros primitivos, algo que baja del cielo en auxilio del hombre. Lo cierto es que la consideramos hoy nuestra mejor mensajera, y por mensajera suya tuvieronla también Noé y su familia en aquellos primitivos tiempos. Y no pudo, no, equivocarse la segunda madre, digámoslo así, del género humano, al expedirla, pues trajo ella lo que nunca hubiera traído el cuervo feroz, trajo la rama de olivo en su boca. Así como la paloma representa en las especies animadas el hogar tranquilo, al cual se asocia, representa el ramo de su pico la paz y armonía universal; porque su producto, ó sea el aceite, debía parecer á los primeros hombres como sangre del sol, puesto que les daba lo más necesario á su existencia, puesto que les daba el alma luz. Así, arca de salvamento, mujer de Noé, paloma del valle, ramo de olivo, significan y representan un comienzo de redención en el mundo.

## V.

Á pesar de la fisonomía completamente prehistórica que tienen, así Noé como sus antecesores, todos los primeros Patriarcas, han penetrado las artes en el dominio de sus vidas más ó menos inciertas, ó de sus biografías más ó menos largas, y los han revestido con las formas propias de la idealidad consagrada en esos cielos brillantísimos donde resplandecen tantas y tan maravillosas creaciones. La mujer de Noé, sin denominación alguna en los libros sagrados, renace con su personalidad propia sobre la paleta cristiana como esas larvas dormidas largo tiempo, que se truecan con tanta facilidad tras profundo sueño en alados insectos. El cementerio de Pisa es como el florecimiento de la pintura en los siglos medios. Por sus góticas paredes ha pasado un soplo verdaderamente primaveral, que las ha hecho como avivarse y vestirse de matices indelebles, cual si la inspiración hubiera vencido á la muerte como el amor la vence. No puede formarse cabal idea de cómo los frescos dejados allí por los primeros pintores de los siglos XIV y XV se asemejan á rayos de vida, trascendiendo á las tumbas cual trascienden los resplandores diurnos á los suelos asombrados y oscurecidos por los espesos ramajes de las selvas. Nunca olvidaré la emoción que levantó en mi alma la presencia entre los cipreses fúnebres y las estatuas yacentes de aquellos frescos, trazados sobre las paredes hieráticas del pisano cementerio y henchidos todos ellos de verdadera vida. El resplandor de aquellos fondos, la frescura de aquellos pámpanos, el gozo de aquellas imágenes convidan á vivir antes que á reposar en el sueño eterno. Y allí está la mujer de Noé, joven, bella, vestida con el traje pintoresco de las labradoras toscanas, bajo las parras de donde los racimos ya maduros penden, junto á los cernachos y á los cubos henchidos de frutos y olientes á mosto. No hay modo, sino visitando aquellos parajes y absorbiéndose por completo en su contemplación, de formarse una idea del contraste originalísimo entre la



muerte y la vida, representadas por tantos antagonismos en aquel sitio bellissimo, consagrado por el genio cristiano, y conocido cual una de las maravillas del mundo. Como Eva, se agranda la mujer de Noé al transcurso de los siglos, y reviste varias formas. El antiguo libro hebreo habrá podido negarle hasta un nombre y olvidarla por completo en los términos segundos y terceros de su narración inspiradísima; pero el genio de los artistas cristianos, que ha sabido recoger y avivar todos estos personajes, los ha resucitado y los ha esclarecido con el brillo de sus inspiraciones. Así la mujer de Noé, que no resplandece por modo ninguno en la Biblia, y que resulta un personaje de orden secundario en todas las relaciones bíblicas, reaparece rediviva merced al arte, y toma una propia fisonomía en aquellas cumbres inundadas por eterna luz de verdadera inspiración.

## VI.

No pidáis á Gozzoli, autor del fresco célebre que mencionamos, fidelidad ninguna en la escena que se propone reproducir sobre las paredes sacras del histórico cementerio. Para él no es Asia, sino Toscana, el teatro de tal escena. Para él no son los nuevos padres de la humanidad quienes allí se agitan y viven, sino los conciudadanos suyos de aquellas ciudades que parecen museos y de aquellos campos que parecen jardines. Ninguna huella de diluvio en el terreno cultivado por una civilización muy avanzada, ninguna sombra de combate con los elementos desencadenados, ninguna, en aquellas mujeres tan felices como pastoras de idilio y égloga. La esposa de Noé ostenta la feliz armonía que van los albores del Renacimiento concentrando entre la forma humana y la naturaleza viva. Todos los trajes de una civilización avanzada revisten á la primitiva mujer que acababa de hallar, como por un milagro de la celeste predilección, la vid, planta entre las plantas. Por todas partes descubren los ojos en el animado cuadro aquellos enseres de vendimia cuyo empleo no podían conocer nuestros atrasados abuelos prehistóricos, pues representan tales instrumentos de nuestra industria el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza material. Pero la representación allí de la mujer, que provee á todos los trabajos, que preside todo aquel movimiento, que arregla los enseres, que impulsa la vendimia, significa verdaderamente la parte prestable por la compañera del pródigo labrador á las faenas agrícolas y la parte mayor que prestaría indudablemente la mujer de Noé allá cuando los instrumentos inventados más tarde no auxiliaban al hombre de ninguna manera en la necesaria medida. Casualmente ninguno entre los trabajos del campo tan propio de la mujer como el trabajo natural en las vendimias. Hase abusado mucho de la cooptación femenil en las industrias varoniles. Tiempos bárbaros y sociedades primitivas han abrumado á la hembra humana como si fuese una bestia de carga. Pero en el otoño, cuando la fresca del aire convida con sus halagos al trabajo campestre, por aquellos días tibios y hermosos, pisando los pámpanos áureos y purpúreos, recogiendo las olorosas emanaciones de sarmientos y uvas, la mujer puede muy bien sobre la cepa inclinarse ó tender los brazos á la parra, en aquella obra verdaderamente poética de cortar los

racimos para que pasen á los cernachos y de los cernachos á los cubos, y de los cubos á los lagares, dando así el vivo zumo que parece destilado por la humedad del suelo y por la luz del sol para doblar la vida y fortalecerla con esa especie de calor fecundo derramado por las venas y confundido con la sangre, que presta indudablemente fuerzas muy vivificadoras á nuestro ser, y lo alienta y lo anima, por lo cual ha merecido la vid una eterna bendición á todas las generaciones.

## VII.

En verdad que la embriaguez de Noé, pintada por Gozzoli en el cementerio pisano, si por una parte representa los fatales excesos del vino, por otra parte representa las fuerzas tomadas por el género humano en cuanto probó el licor que da verdadero ánimo aun á los más débiles y alegría y regocijo aun á los más tristes. Á la izquierda del espectador, el Patriarca hebreo, de larga barba y majestuoso porte, presencia las vendimias, apoyado en uno de sus pequeñuelos. Todo es allí alegría. Aquel teatro del arte no representa una viña nuestra, en que las cepas están unas de otras apartadas y tendidas todas por el suelo; representa inmenso parral italiano, á cuyas cimas y follajes ascienden los muchachuelos, ganosos de recoger, entre los pámpanos pintados y relucientes, las uvas maduras al sol fecundo y pródigo de Septiembre. Hermosas vendimiadoras, en cuyos cuerpos gallardísimos parece ya florecer la forma propia del Renacimiento; reciben de los que gatean y cortan el fruto entre los sarmientos, la vendimia, en grandes circulares y armoniosas cestas de bien compuestos y enlazados mimbres las cuales dan á sus esféricas y graciosas cabezas el aire de canéforas griegas. Junto á Noé están su mujer, las mujeres de sus hijos, un bello grupo femenino, ayudándole con todo empeño en celebrar al mismo tiempo que dirigir el hermoso trabajo. Naturalmente, como se trata de una pintura católica, siquier animada por los albores del Renacimiento, no está en aquel cuadro la Bacante griega, medio desnuda ó mal envuelta en sus pieles de pantera, con la corona de pámpanos en la frente y el tirso cubierto de hiedra en las manos, lanzando, entre las carcajadas regocijantes de la embriaguez y el cantar voluptuoso de coros enardecidos por vida nueva, las palabras incoherentes que vuelan, como enjambres de zumbadoras abejas, sobre los antiguos viñedos. Todo es aquí reposo, tranquilidad, mesura, en la vendimia que podríamos llamar bíblica, muy semejante por cierto de la vendimia clásica. Pero el gozo que lleva consigo ese grato zumo de las uvas no ha podido allí tampoco desconocerse ni ocultarse, aunque la mesura cristiana reemplace al viejo delirio de los sentidos en los antiguos tiempos y en las antiguas costumbres. Vigorosos mancebos con los brazos en jarras, las piernas y los pies desnudos, pisan acompasados, como si pisaran en regocijante baile clásico, las uvas recién cogidas en cubos muy fuertes que rebosan de sus bocas mosto muy rojo, cuyo vapor lleva su natural alegría por todos los objetos, aun los más inanimados é inertes. Destácase por completo en aquellos grupos armoniosísimos una vendimiadora, quien lleva sobre su helénico cráneo, en el que late ya la estatua clásica y su próxima resurrección, una cesta de raci-





¿QUÉ LE DIRÉ?....

POR J. R. WEHLE.



mos, cuyo rojo color contrasta con el verde traje ceñido á la plácida figura, de un movimiento rápido y de una gracia verdaderamente admirable, como si el germen de la nueva humanidad generada por el Renacimiento estuviese ya en su armoniosísimo seno y en su natural actitud. Noé recibe muy cerca de todos estos grupos un cáliz de oro, en el cual va contenido el mosto nuevo, que ha de fortalecer su decadente vejez y ha de alegrar sus embotados sentidos. Efectivamente, así en los comienzos de la Historia antigua representados por los libros hebreos, cual en los comienzos del arte moderno representado en los frescos de Pisa, significa el vino contento y alegría.

Estos cuadros, á no dudarlo, representan una especie de despertar en la vida y una especie de savia nueva y de nueva sangre difundidas por las venas del humano linaje. Cortado el drama en varios cuadros ó compartimientos, representándose aparte y aisladas sus escenas. Una es la vendimia, otra la presentación del mosto á Noé y otra el gozo excesivo de éste, llegando á convertirse por ley natural en delirante borrachera. Así en uno de los cuadros están representados ya los efectos de aquel vino. Y no revelan ciertamente la grande alegría que asaltara en otros pueblos y en otros tiempos al Baco delirante y frenético, arrastrado en carrera vertiginosa por los vapores del vino; revela el pesado sueño que se asemeja en mucho al sueño de la muerte. El Patriarca está completamente desnudo, como quien ha roto las propias vestiduras, y tendido en el suelo como quien se ha fatigado mucho tras un verdadero delirio. Sus hijos le rodean, burlón y mofador el uno contra los respetos debidos al padre; otro muy triste y recogido en sí, como quien participa de la vergüenza paternal; y otro adelantándose á cubrir y tapar aquellas escandalosas desnudeces. El tipo que más demuestra cómo renace la vida en los senos del Renacimiento es, á no dudarlo, el tipo de la vergonzosa, tan celebrado y popular en Italia, el tipo de la joven aquella que se tapa la cara muy ruborosa con sus manos, y entre los dedos abiertos mira lo mismo de que quiere huir y preservarse. No cabe duda que las artes del Renacimiento han dejado en sus estatuas y en sus grupos como bellas representaciones de dos teologías, de la teología helena y de la teología bíblica. Después del cementerio pisano viene la capilla Sixtina de Miguel Ángel, y después de la capilla Sixtina vienen las logias de Rafael. La segunda maravilla del arte moderno, la obra de Miguel Ángel, muestra cómo ha redoblado el calor vital en la persona de Noé rendido á la embriaguez. En la tercer maravilla, ó sea en las logias, Rafael ha representado al Patriarca dando sus órdenes para que los trabajadores acopien los materiales exigidos por la construcción del arca, y tras este acopio el diluvio, y tras el diluvio Noé y su mujer, después de haber bajado á tierra en monte Ararat, contemplando los estragos del mal y dolándose de tantos desastres como por todas partes se descubren. La inspiración del gran artista resplandece con más nuevo resplandor en este bellissimo cuadro. Aquella mujer, aunque nervuda y fuerte como todas las mujeres del Renacimiento, y en su fortaleza, de una grande armonía, muestra el horror que le causan las penas infligidas al mundo con una impresión superior, bajo varios aspectos, á la expresión misma de Noé, siquiera los dos presencien iguales tristezas. Los caracteres universales, á cada uno de los sexos

correspondientes, hállanse con diversidad fisiológica expresados en los esposos contenido el uno y como fuera de sí la otra, presos ambos de un mismo dolor, que sacude á cada cual opuesta y contrariamente por su diversa respectiva naturaleza. No puede, no, sobrepujar ningún arte á éste del Renacimiento por la expresión, absolutamente ninguno. Aquellos seres representados por el pincel de Urbino significan la grande armonía del hombre con la naturaleza, en cuyo seno brotan y de cuyo seno se nutren como los árboles. Así es que todas las victorias de la fuerza humana sobre la fuerza natural están admirablemente representadas en todos los frescos de Rafael, que caracterizan el Renacimiento, y caracterizando esta edad, caracterizan también uno de los periodos más bellos y más armoniosos del mundo. Y, en verdad, pocas, muy pocas imágenes hay en la historia capaces de representar el progreso humano como esta imagen de mujer, que pisa la tierra húmeda todavía por las aguas del diluvio y saca del seno de aquellos estragos nuevos vegetales, cuyas ramas coronan las sienas del hombre con guirnaldas simbólicas de triunfo, y encienden y enardecen el calor de su vida. Por eso las figuras cíclicas del Renacimiento, como la mujer de Noé, son letras expresivas de un poema épico, el cual tiene por argumento y por objeto la victoria de los esfuerzos humanos sobre las fuerzas naturales que abrumazan y esclavizan á nuestra misera especie.

#### VIII.

Así la pobre humanidad ha podido caminar, hollando vías dolorosas, al cumplimiento de las grandes idealidades congénitas á su mente y al dominio é imperio sobre la naturaleza. Estos Patriarcas y Profetas de las tradiciones bíblicas, á quienes la Iglesia llama santos, mirados al resplandor de la razón, resultan héroes también de la humanidad y ornatos de la profana historia. El uno ha pulido la piedra; el otro ha encontrado las armas del combate necesarias para dar un paso, encontrando el hierro; ha levantado éste la primer cabafia; sometido aquél los primeros animales insubmisos; trabajando todos, cada cual en su respectivo ministerio, y según sus inclinaciones, por el progreso universal y por la comunicación estrecha entre nuestro espíritu y nuestro planeta. Naturalmente, seres tan apartados en el espacio y en el tiempo de nosotros, toman á la vista de quienes los miran ó los columbran tras el velo de tantos siglos, aquellos rígidos aspectos de las figuras bizantinas entalladas en las primeras iglesias, y que parecen por su desmesurada estatura y por su inmovilidad fría, por todo su carácter litúrgico, pertenecientes á otro mundo y á otra humanidad. En el refinamiento del gusto moderno, en la delicadeza y ternura del sexo hermoso, cuando tantas artificiales pasiones ha sobrepuesto la civilización á nuestro natural pristino, interézanos poco la primera mujer que aechó trigo y que cortó uvas. Robusta, fuerte, hombruna, dotada por el cielo de las propensiones bélicas indispensables á quienes han de sustentar un combate, pero ajenas á la mujer, tal como nosotros la comprendemos en el santuario de la casa, interézanos poco, á pesar de que sin ella no habríamos podido entrar en el seno de las complicadas y progresivas sociedades, con cuyos triunfos tanto nos envanecemos y de cuyos pro-



gresos tanto nos pagamos. Dad por bueno cuanto atribuye la tradición á Noé y veréis cuán dificultosa la participación tenida en todos estos hercúleos trabajos por quien sufrió las terribles inundaciones del diluvio, flotó en aquella espantosa tormenta, cuidó de los seres confiados á su custodia y necesarios para la difusión y perpetuidad de nuestra vida, bajó del arca sobre la tierra humedecida por las aguas y destrozada por las catástrofes y ayudó á plantar la viña, que había de darnos jugos indispensables al calor y al movimiento de nuestra sangre.

## IX.

Tienen tanta grandeza todos estos caracteres verdaderamente típicos, y representan por tal modo una fase necesaria del humano linaje, que reproducen bajo varios aspectos y entran en todas las viejas teogonías, representativas de los albores del mundo y de la historia. Si á Noé debemos llamarle como el segundo padre, á su mujer debemos llamarla como la segunda madre de nuestra humanidad. Aquel Deucalión que arrojaba los huesos de la tierra, los cantos á sus espaldas y surgían de cada uno otros tantos hombres, personifica, cual Noé, la edad espantosa del diluvio, y se llama el segundo excelente, alusión confusa en verdad, pero alusión á una especie de primero y predecesor excelente, que debe ser un Adán helénico. No menos parentesco tiene con el Patriarca un Manú, como aquel indio que construye la nave donde también se preservan al diluvio los gérmenes de nuevos seres, y aquel Yima caldeo que construye un jardín, cercado en eminencia inaccesible, y aquel Minos que personificaba la muerte, y tantos otros en contacto con las edades prehistóricas y portadores de los primeros destinos humanos. Adán, Túbal, Noé, Prometeo, los titanes alzados al cielo por escalas de montañas, los monstruos nacidos en los mares, y cuyas extremidades se confunden con el organismo animal, aquellos gigantes de la Biblia tan altos y tan perdurables como los cedros del viejo Líbano, representan las primeras metamorfosis de la humanidad y las formas primeras que debió revestir la especie nuestra desde su origen casi animal á la espiritualidad y á sus luminosos ideales. Pues las mujeres de todos estos varones representan, por su parte, facetas brillantísimas también del humano espíritu en su determinación femenil. Eva, nuestra madre; Pirra, la del diluvio helénico; Pandora, la triste, á cuyo descuido se debió que los males todos huyeran del vaso puesto bajo su custodia y se desparramaran por los suelos; Helena, la nefasta para su pueblo y su patria; esta mujer de Noé, tantas veces mencionada en la Biblia y tan unida con los comienzos del género humano, parecen como las esfinges colocadas en los vestibulos de la Historia para guardar la germinación del espíritu y asistir al nacimiento de los pueblos. Nosotros, libres ya merced á tanto esfuerzo, advenidos por una serie de redenciones sucesivas á la plena emancipación, soberanos en el planeta, poseedores del humano espíritu, debemos bendecir á estas redentoras mujeres, considerando cuánto padecieron para reabrir, después de haber triunfado el mal entre los hombres, las primeras vías del progreso á la dolorida humanidad.

## X.

Lo que principalmente la familia de Noé personifica, es el triunfo de los trabajos agrícolas sobre las fuerzas desordenadas de la naturaleza. Noé y su esposa resultan, mirados tras tantos siglos, personificación verdadera de la familia laboradora. Verdad que Caín les precede; pero Caín, allá en los tiempos cuaternarios, representa el trabajo explorador, que derriba con su hacha de pedernal aquellos árboles gigantes y prepara para siembras y plantíos la tierra, no como Noé, la próspera cosecha ya completamente trabajada y recogida. En los libros santos, Dios confía como trabajo singular al hombre paradisiaco el cultivo de los campos. «Díoles, dice la Biblia, Dios al primer hombre y á la primera mujer un jardín para que de consuno lo cultivasen.» No les faltó trabajo en el edén, porque para trabajar les criaron. Lo que les faltó fué sin duda el plural de tal nombre, los trabajos, inseparables compañeros del mal y del pecado. Pero en el jardín aquel sin mancha, cultivaron indudablemente los primeros padres el campo sin esfuerzo. La misma poesía profana presenta el recuerdo placidísimo de días tales, en que las ovejas ofrecían sus tetas ubérrimas al sediento labio; los arroyos buscaban de grado las raíces del arbusto para fecundarlas y ceñir de flores y cargar de frutos el ramaje; los troncos de los árboles destilaban mielés depositadas allí por enjambres sonoros sin aguijón ninguno; florecían las verdes colinas pobladas por múltiples insectos; el coro de las aves, sin miedo entonces á las especies rapaces, entonaban himnos interminables, y el coro de las estrellas, jamás encubiertas por las nubes y por las sombras, lucían con resplandores inextinguibles. Pero todos los seres criados sobre la tierra, y puestos en el edén muy concertadamente, necesitaban el cuidado supremo de aquel hombre primitivo á quien el Criador se los confiara en su misericordiosa providencia. Y el primer hombre bíblico antes del pecado, ó sea nuestro padre Adán, trabajaba con la cooperación de todas las fuerzas naturales, mientras después del pecado trabajaba el segundo hombre bíblico, es decir, Caín, contra todas las fuerzas naturales subvertidas y airadas al sentir como el corrosivo pecado caía sobre su seno. Caín es el hacha que derriba, el instrumento asolador que mata, el esfuerzo que abre los primeros surcos, mientras Noé representa la grande armonía del trabajo verdaderamente agrícola y la cosecha recogida en paz y aprovechada con verdadera satisfacción entre campestres regocijos. El trabajo comienza en él á ser mucho más agradable y fecundo y á despojarse de aquellos caracteres de guerra y de combate que tomara en los tiempos del feroz Caín. La tierra se va poco á poco reconciliando con la humanidad y recibiendo por sus poros el espíritu.

## XI.

¡Cuántos esfuerzos no han sido necesarios para llegar hasta Noé! La historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas tiene seis capítulos del Génesis, capítulos concisos todos ellos, de treinta y dos versículos el que más. Y á pesar de su brevedad y concisión encierra



desde las grandes transformaciones geológicas á las grandes transformaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común es Adán, se bifurcan: la una, descendiente de Cain, el malo; y la otra, descendiente de Set, el bueno. La genealogía de Cain genera todos los grandes industriales hasta Túbal, en quien comienza la edad verdadera de cobre, y la genealogía de Set engendra todos los grandes agricultores hasta Noé. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran los animales indómitos y los uncieran al pesado yugo, á fin de abrir con ellos, y sujetándolos so la mano, el surco, donde las semillas caen, brotan, florecen y fructifican. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre alcanzada tras tenaces resistencias, necesitóse también forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre buscándo en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Cain y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos y todos los adelantos del humano trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos el racimo, y los frutales se ceñirán á una con guirnaldas de olorosas flores y con copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Cain, construye un hogar. Javal fija la tienda que llevaban los primeros nómadas sobre sus hombros, y convierte muchas especies de bravías en domésticas. Túbal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan al cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre los campos, y prepara, como cera, el hierro, y al preparar el hierro, forja el azadón que abre los hoyos, y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, relativamente redimido por estos grandiosos esfuerzos del trabajo á exhalar la palabra, que lo compendia y lo explica todo, el nombre de Dios. Una genealogía de mujeres brilla junto á esta genealogía de varones. La Biblia, no tan avara de sus nombres como con la mujer de Noé, las menciona y las designa. La madre de Javal se llama Ada y la madre de Túbal se llama Zilla. Y Túbal tiene una hermana la cual se denomina con el dulce nombre de Naama. Y Naama quiere decir suavidad, quiere decir delicadeza, quiere decir ternura. Por consecuencia, todo está preparado, el combate y el trabajo, el instrumento de trabajo y el suelo de las pródigas fecundaciones, los brazos del hombre y los espacios del planeta, para que la cepa brote, y extienda sus sarmientos, y se corone de pámpanos, y dé al cabo esos racimos de jugo fortificador y oloroso, el cual parece como savia de vida, como licor mágico derramado en las venas del hombre para encenderlas centuplicando su íntimo ser y enrojiciendo su esencial sustancia.

## XII.

Mientras la genealogía de Cain, que acaba con Túbal, se distingue por sus esfuerzos y por sus combates, la dinastía de Set, que acaba con Noé, se distingue por su quietud y por su paz. Con saludar tan sólo el santo libro, descúbrese que ha esta dinastía vivido en los hábitos tradicionales al verdadero labrador y contentándose con beneficiar humilde y modestamente la tierra. Esta paz interior se conoce con sólo mencionar los nombres de todos aquellos que la repre-

sentan, como el viejo Matusalén, aquel que vive tantos años, ó como el justo Henoch, quien caminó con Dios y desapareció porque Dios le llevó. Si la genealogía fuerte y batalladora de Cain concluyó por producir una suavísima Naama en la gemela de Túbal, imaginaos qué mujer tan delicada y tierna sería la destinada por Dios á vivir juntamente con el patriarca Noé y á sacar de los surcos el vino nuevo encerrado en las hermosísimas y olorosas uvas. El género humano ha dado importancia grande á la invención del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que los vemos hoy, todavía bajo la bóveda de catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas las ofrendas. La participación del cáliz á los laicos ha de tal modo agitado á la especie humana, que produjera combates cruentísimos, cuyo recuerdo todavía nos entristece y nos espanta. Un dios ha tenido el mundo antiguo para el vino, un dios llegado en peregrinación larguísima de la India, seguido por turbas de bacantes, artífice de las más alegres melodías, personificación del placer, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el ser. Indudablemente no han sido los arios, no, quienes han descubierto el vino. La invención de tan vivificante licor se debe á los semitas. El ario usaba desde tiempos inmemoriales bebidas fermentadas que no provenían ciertamente del zumo de la uva, y que, rebosantes, se caían de copas tales como la copa de Indra. El hidromiel, esa bebida presentada bajo los árboles de Dodona, en las armoniosas aras de Delfos, sobre los bellos altares helenos, indica bien claramente que no tuvo el vino entre los arios la importancia del vino entre los semitas. La poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de troyos hermosos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en oliente lagar donde rebosa el mosto. Noé y la mujer de Noé se hallan unidos á la vid, y por eso personifica una metamorfosis tan trascendental de la humanidad de la historia.

## XIII.

No pueden jamás alabarse bastante todos los beneficios hechos por el agricultor al género humano con haber pulido y vivificado la tierra. El manso corderillo que ofrece sus lanas, el gusano que hila sus sedas, el florido almendro que anuncia y profetiza la feliz primavera, el azahar oliente, la miel sabrosa, las harinas que sustentan el cuerpo y calman el hambre, los prados en que muge contento el buey, los rediles donde sestean las ovejas, el dátíl coronado por su diadema de palmas, el chumbo metido en su espinoso y fuerte zurrón, desde la castaña que brilla entre las verdes hojas hasta la nuez que huele por tan suave modo, el animal doméstico en sus palomares y en sus corrales, todo sirve y en tal manera los humanos progresos y la transformación maravillosa del planeta, que nunca jamás agradeceremos á Noé y á su mujer el que nos hayan traído la vid, y con la vid una esencial parte de nuestros mejores alimentos. Todas



las faenas del campo tienen una gran poesía, pero ninguna como la vendimia. De antiguo, muy de antiguo, los pueblos han creído de su deber celebrarla con bailes, cantares y demás regocijos. Nada tan hermoso como ver en las campiñas del Mediodía los grupos de jóvenes y alegres vendimiadoras que van cargando las carretas tiradas por bueyes coronados de flores y circuidas por danzas regocijantes que mueven mil canciones báquicas inspiradas en la más delirante alegría y capaces de agitar los más inertes objetos en aquella embriaguez de la vida. El sarmiento que va poco á poco secándose, el pampaneo áureo y purpúreo que cae á manera de lluvia, los racimos pintados y olorosos, los cernachos henchidos, las tablas del lagar enrojecidas, el mosto embriagador que corre ardentísimo, el delirio de los sentidos por todas estas emanaciones de vida trastornados, en tal modo alegran y regocijan á los pueblos que ha pasado la vendimia en todos los idiomas á verdadero sinónimo de gozo y de placer. El mundo antiguo tuvo en su Baco la representación del vino. Y Baco fué uno de los últimos dioses griegos, como Noé fué uno de los últimos Patriarcas prehistóricos. La transformación de Baco representa los progresos de la viña. Primero aparece como un dios indio, vestido con el traje sacerdotal, representando la llegada próxima de la vida á Grecia desde el Asia. Luego una mitra lo corona, sím-

bolo verdaderamente asiático, pero mezclada ya con las guirnaldas griegas. India, Frigia, Tebas, nos lo presentan en su juventud apoyado lánguidamente sobre un tronco ceñido de vides, la hiedra y los pámpanos en las sienas, el tirso y la copa en las manos, la máscara de la comedia recién nacida sobre los carretones de las vendimias al pie. Mentábase tanto la hiedra entre los antiguos, porque tradicionalmente acostumbraban á usarla contra la embriaguez. Los animales báquicos son naturalmente aquel asnillo del sileno que lleva sobre sus lomos la vendimia y aquella liebre que representa la fecundidad. Y si á tan pacíficos animales como éstos y el cabrito únense las panteras y los tigres que tiran de los carros báquicos, es por el carácter asiático de tal divinidad. Baco es un complemento de Apolo, porque también la embriaguez, como la luz, presta inspiraciones. En la copa de Baco se hallan muchas ideas. Lo cierto es que los cultos báquicos, en los cuales se sacrificaban toros coronados de flores y se oían voluptuosísimos cantares, vienen como á significar un exceso en la vida y en las pasiones propias de la vida. Ved cuán prehistórica la invención del vino y cuán inmanentes en la historia sus voraces incendios.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 29 de Julio de 1891.



GUINEA PORTUGUESA.—LA CALLE PRINCIPAL DE CACHÉO.





## HOMENAJE

---

Eres de lo más rubia que conozco  
Dentro del bello sexo.  
Otra rubia inmortal, la propia Ceres,  
Parece haberte puesto  
Su diadema de espigas, abdicando  
En ti su adorno excelso.  
Y tu generación contempla atónita,  
Con cierto orgullo estético,  
Ese color de sol con que tus rizos,  
Artísticos cayendo,  
Dan marco de oro y tono luminoso  
Á tu semblante bello.  
Sin ser jaro, que es rubio propasado,  
Aunque tampoco es feo,  
Ni albino, en que ya el rubio degenera  
Con deplorable exceso,  
Tiene tu pelo el punto delicioso  
Del rubio verdadero,  
Que no raya en rojizo ni amarillo,  
Que es dorado perfecto.

Yo no sé si Eva fué, como tú, rubia;  
Mas que no lo fué creo,  
Porque siendo su patria el Paraíso,  
No tuvo allí otro techo  
Que las movibles copas de los árboles  
En verano é invierno;  
Y la intemperie, aun la paradisiaca,

Determina el moreno.  
Ni he visto yo pastora cuyas crenchas  
Causen envidia á Febo;  
Ni, pese á los poetas y pintores,  
El personal trigueño  
Que tuesta el aire libre tendrá nunca  
Rubio y fino el cabello;  
Ni se formarán nunca querubines  
Á treinta sobre cero.

La rubia pura sangre, el tipo puro  
De que tú eres modelo,  
Es un fruto social civilizado,  
Producto del progreso.  
Todas las maravillas confortables  
Que han ido estableciendo  
La ciencia, el arte, la riqueza, el lujo,  
La moda y el ingenio,  
Se necesitan juntas y reunidas  
En el invernadero,  
En la estufa doméstica, en el grato  
Cómico hogar paterno,  
Para que brote la azucena humana,  
La rubia de tu género,  
Con las inseparables condiciones  
De su temperamento.  
Porque la esencia, la razón, la clave  
De tu especie, el secreto



De esa espiritual dulce blancura,  
 Y de ese sentimiento  
 Que rebosa en las rubias verdaderas,  
 Ha sido, es, y ha de serlo,  
 Lo delicado, lo sutil, lo leve.  
 Verte á ti, es estar viendo  
 La cortina, la gasa, el invernáculo,  
 La alfombra y el espejo,  
 Y el piano, y el baño, y el perfume,  
 La doncella, el maestro,  
 Todos los componentes y operarios  
 Del costoso terreno  
 Donde se cria el alabastro vivo,  
 Que anima el pensamiento.

¿Quién te trajo á esta tierra de morenas,  
 Donde los ojos negros  
 Nos abrasan de sed, y nos maltratan  
 Despóticos y fieros?  
 En tus ojos azules, transparentes  
 Y claros como el cielo,  
 Si hay un amor, es el amor del alma,  
 Es el amor-misterio.  
 Y, sin embargo, el pobre Manzanares  
 Te vió nacer; tu aspecto  
 Septentrional no engaña á tus paisanos;  
 Tu cuerpo es madrileño;  
 Tu blancura jazminea es española;  
 Tu pie lo está diciendo  
 Cuando rebasa, osado y diminuto,  
 De la ancha falda el cerco,  
 Y en su atractiva linde juguetea  
 Como chiquillo inquieto.

Cuando te ven las calles del Retiro,  
 Venus moderna, dentro  
 De tu carroza-concha, arrebatada  
 Por el empuje fiero  
 De los bridones, cuya blanca espuma  
 Borda sus anchos pechos;  
 Y, aparición feliz, al transeunte  
 De tu mirar sereno  
 Das, fugitiva, un rayo indiferente;  
 El ánimo suspenso:  
 —¿Quién será esa belleza peregrina?—  
 Se pregunta al momento,  
 Y se contesta al recordar tus trenzas  
 De matiz extranjero:  
 —Alguna *lady*, alguna hija elegante  
 De la niebla ó del hielo,  
 Que viene á España á conocer de cerca  
 El sol que vió de lejos;  
 Ofelia, Margarita en carruaje;  
 ¡De seguro que es eso!—

La vez primera que te vi, llenaban  
 Los incitantes ecos  
 De la orquesta el salón; tú, descansando  
 Del vals, que aún en tu pecho  
 Olas de nieve aprisionada alzaba,

De pie, altiva, en silencio  
 Estabas junto á escultural consola.  
 Tu hermoso brazo griego  
 Sobre su mármol pálido yacía,  
 Como el tallo hechicero  
 De la azucena de tu mano breve,  
 Que abrigaba en su hueco  
 Un ramo de otras flores, que ya había  
 Perfumado tu aliento.  
 Nube de encaje y seda el blanco traje  
 Largo, flotante, aéreo,  
 Y, en triple vuelta, de orientales perlas  
 Un collar á tu cuello;  
 Perlas que parecían, por lo nitidas,  
 Nacidas de tu seno.—  
 Á tu lado se hallaba tu pareja  
 Sumida en su frac negro,  
 Y con sonrisa de éxtasis profundo.  
 ¡Dichoso caballero!

Mirando tu cabeza, que irradiaba,  
 Como globo de fuego,  
 El denso resplandor de mil bujías,  
 También en mis adentros  
 Hija del Norte te juzgué, extranjera  
 Ave de paso, espléndido  
 Meteoro fugaz, aparecido  
 Y perdido en un tiempo.  
 Y mi memoria ya te preparaba  
 Su tributo en recuerdos,  
 Cuando, rompiendo el lazo purpurino  
 De tus labios bermejos,  
 Tu palabra española á embelesarme  
 Vino con sus gorjeos.—  
 Tienes la sal de Dios en tu palabra,  
 Y en tu infantil acento  
 Una música tal, que sólo un sordo  
 La escuchara impertérrito.  
 ¿Qué había de pasar? Sirena rubia,  
 En aquel mar inmenso  
 De luz y de placer te seguí ansioso,  
 Y desde aquel momento  
 Soy un simple mortal, como otros muchos,  
 Que en vano me defiendo  
 Contra el sonido de tu voz de alondra  
 Y el color de tu pelo.

¡Destino singular! Yo nací en África,  
 Poco más, poco menos;  
 Yo, andaluz y español, profesé siempre  
 El culto pelinegro  
 De mi rincón natal y de mi origen.  
 Yo he visitado luego  
 El Oriente y el Sur de lo que llaman  
 Continente europeo,  
 Siempre á las pelinegras dedicando  
 Gustoso mis respetos;  
 Y cuando al Norte me llevó la suerte,  
 Yo he cruzado sus hielos,  
 Y he visto la Alemania rubicunda

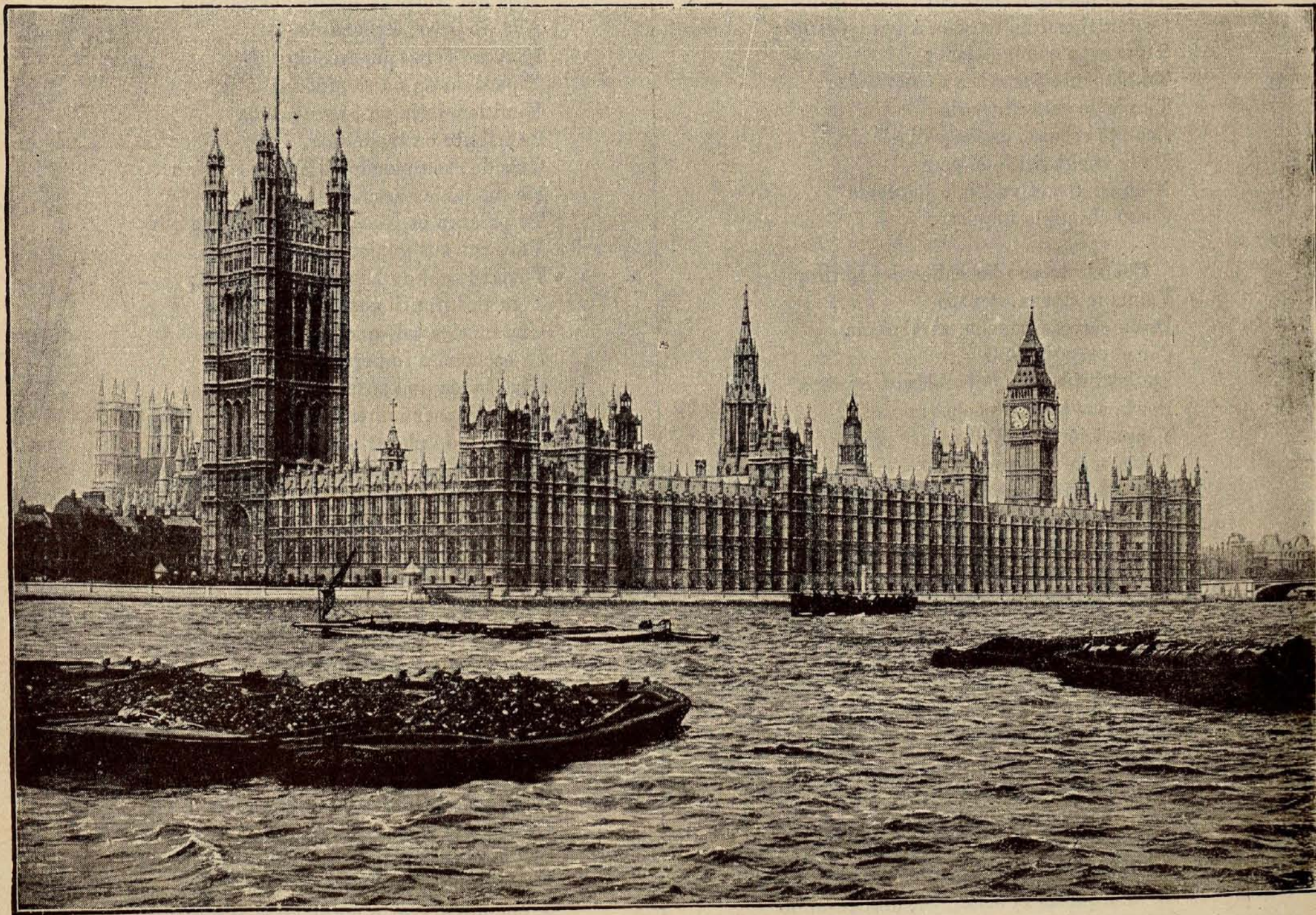


Sin faltar, ni por pienso,  
 De mi predilección y de mi patria,  
 Y de mi nacimiento,  
 Al deber capital. Las pelinegras  
 Jamás queja tuvieron  
 De mí. Con muchos lustros de constancia  
 Supe ganar su aprecio.  
 ¡Y en una noche, oh rubia inverosímil  
 Y madrileña, has hecho  
 Apostatar mi preferencia, dando  
 Al traste con mis méritos!  
 ¡Oh pequeñez, fragilidad humana!.....  
 Y el caso es que me alegro.

Cúmplase, pues, mi singular destino.  
 Como la sombra al cuerpo  
 Te seguiré mientras mi sombra sea  
 Sobre la tierra un hecho.  
 Como obediente girasol que vive

Ya un poco mustio, pero  
 Fiel á su condición, donde tú asomes,  
 Allí estarán contentos  
 Mis ojos cual altivos centinelas  
 En tu cabeza puestos.  
 Pero si esta cristiana, afectuosa  
 Resignación que acepto  
 Para servir de escolta á tu belleza,  
 Te merece algún premio,  
 Hazme un favor: no salgas de tu casa  
 Sino en casos extremos.  
 Llevas un capital sobre tu frente  
 En hilos de oro, y temo  
 Por ti cuando te lanzas á la calle  
 Sin un cuerpo de ejército.  
 ¡Hay tanto avaro, y tanto pobre, y tanto  
 Amigo de lo ajeno!.....

S. LÓPEZ GUIJARRO.



LONDRES. — PALACIO DEL PARLAMENTO.